

Ya su madre le hablaba de Ernestina como una muchacha modelo.

Se despidió. Afectuoso y desenvuelto, dió la mano á madre é hija, pero la de Julia la estrechó fuerte, adolorándola. Julia reprimió un chillido, retándolo con una mirada, á un tiempo de severidad y de indulgencia. Ya en la puerta, él hizo una gallarda reverencia.



CAPÍTULO XXI

LA alegría que la visita de Pepe Fors produjo en doña Rosa, borró hasta el recuerdo de las aleluyas burlonas, y, nuevamente, con la fogosidad acostumbrada, lanzó la fantasía por un mundo de venturas. Ernestina, fuera de su lado, llena de salud, porque el histerismo es solo cosa de solteras, rica en seguida y más tarde propietaria; un yerno galante y distinguido, admirablemente relacionado, y que sin duda alguna las protegería mejor que Victor, el pobre escribiente tan apocado y poca cosa, que no sabía ingeniarse para sacarse un sobresueldo con las mil trampas corrientes y toleradas en toda oficina; con criada ella, en continuo hartazgo y haciendo la señora, sin

tener que ensuciarse las manos con el agua sebosa é infecta del fregado, ni estropeárselas con el vapor del puchero cotidiano... Broma, sí, broma, pero bromeando comienzan las cosas más serias.

¡Lástima era que Ernestina no valía lo que Julia! Doña Rosa fué á verla, hallándola ojerosa, el cuello flaco, estriado por relieves de tendones, las manos largas, inertes, con hinchazón de venas, y toda ella delgaducha, rígida, tan poquita cosa, que nadie, bajo la manta, habría descubierto una curva deseable. Llevábase una taza de caldo y al incorporarse, procuró ojear el pecho de la enferma. Lo halló mezquino, escaso, combando un poco la fina batista con una delicada redondez de fruta tempranera, que no podía excitar amorosas locuras, cosa indispensable para aquella madre, en toda formal decisión de matrimonio.

Pepe había prometido que pasaría á despedirse antes de ir á tomar posesión de su procura, y para entonces Ernestina aún no estaría sana, ni su aspecto seduciría al remilgado viudo, catador de bellezas. Doña Rosa se sintió contrariada. Es claro que quedaba la bondad de la muchacha, su idealidad de Mater Dolarosa, su honradez, su fama de hacendosa, su hablar suave, y quien sabe, si todas estas virtudes serían buenas para hacerla interesante.

La abuela, contenta, alegrota, como si la felicidad hubiera entrado de rondón en aquella casa, recordó á Víctor, padre distraído, que los Reyes estaban cerca. Adolfín iría á esperarlos, con un farol enorme, y le pondrían muchas, muchas cosas.

Tenía el chiquillo al lado y cerrando los dientes le hacía monerías, tirándole de las mejillas, besuqueándolas salvajemente.

—¡Huí, huí!... Me lo comería.

Pero la abuela vió las caras un poco compungidas y volvió á dispararse. Pero ¿qué? ¿todavía la broma de las oficialas los ponía serios? Ahora demostrarían á todos que no hacían caso de papelotes ni de inocentadas, que, gracias á Dios, podían gastar sin pedir al vecino y como Víctor le hiciera una tímida observación, ella, la abuela, respondió con voz de gran trágica, que robaría, sí, robaría, para dar al pequeño un cachito de felicidad. ¿Qué culpa tenía el inocente de lo poco que ganaba el padre?

Víctor bajó la frente y dejó hacer, como siempre. Y se adquirió el farol maravilloso para el chiquillo que volvió un poco ronco, un poco febril, de su paseo entre la boira del río, harto de llamar ¡vivan los reyes! en medio de la multitud de pequeños creyentes que aclamaban fervorosos con sus vocecitas

la real manifestación de los viajeros fantasmas.

Al siguiente día, los paseantes admiraron á Adolfo vestido de coracero, en brazos de la niñera. Sobre su capicita, con vellones de corderillo, se alzaba el yelmo enorme con las crines flotantes y guerreras, y la coraza, límpida, inmaculada, deslumbradora, cubría el pecho, resistiendo todas las curiosas miradas, desafiando envidias, conteniendo murmuraciones y comadrerías, tal como había soñado la abuela.

Julia quiso lucir al diminuto guerrero, y Víctor, que desde los inocentes no salía más que para el ir y venir del escritorio, se negó á acompañarla. Estalló el conflicto entre los dos esposos y vertió Julia la primera lágrima de despecho.

Aquella tarde no salieron de casa.

Ernestina, convaleciente, sentada cerca del balcón miraba el pálido sol de invierno besar las galerías y cabrillear en la corriente perezosa del agua. Doña Rosa, una vecina, Julia y Mercedes, jugaban á la brisca en la mesa del comedor; Ernestina las miraba entretenidas, disputando las jugadas con gran interés para lograr una victoria sin beneficios, y le daban envidia aquellos espíritus infantiles que hallaban solaz y entre-

tenimiento en la monotonía de aquel juego insulso.

Víctor en el velador de la sala, lejos de todos para no distraerse, amargado por el mal talante de su mujer, copiaba escrituras. Sentía pesar sobre él aquel día transcurrido sin la menor expansión familiar; no le entendían aquellas mujeres á quienes había agraviado una cosa que por racional hubieran otros agraciado. La delicadeza era—para ellas—cobardía despreciable.

Fingiéndose interés por la partida de brisca, se acercó á la mesa—entre Julia y la vecina—deseoso de una palabra, de una mirada, de algo, en fin, significativo de que había terminado el enfado de la mañana. Las jugadoras prescindían completamente de él, reían y dábanse caba mutuamente, sin alzar una sola vez la vista al melancólico.

Entristeciéndose; la más leve demostración cariñosa de un extraño le hubiese hecho llorar.

Con pasos lentos comenzó á vagar por el comedor. Al pasar frente al cuarto de Ernestina, advirtió la mirada de ésta siguiéndole, una mirada lánguida y aburrida, y, como un autómatas, penetró en el taller.

Su cuñada le sonrió. Se abrigaba en un un mantón de lana, y estaba encogida en el sillón, con la gran mata de

pelo casi suelta, que caía en poderosas ondas sobre la nuca aterciopelada; apoyaba la barbilla en una mano y con la otra retorció, distraída, los flecos del mantón.

—¿Te aburres, Víctor?

Respondió él impreciso, encogiéndose de hombros. El dejo compasivo de aquella pregunta le anudó algo en el corazón que le impedía hablar.

Ernestina sentía otra vez por su cuñada el primitivo afecto. Sus bracitos débiles de enferma estaban agradecidos á la presión bienhechora de aquellas manos suaves, cuidadosas. El bienestar producido por el narcótico parecía deberlo al contacto tímido de los hábiles dedos de Víctor, y aún cosquilleaba en toda ella un desfallecimiento venturoso al recordar el trato de aquel enfermero que la curaba con las pupilas turbias de llanto.

No se apartaba de su mente aquel raro ensueño de la noche de Navidad y contemplaba ahora la mirada y el gesto de Víctor cual si esperara ver surgir de ellos algo de aquella fuerza, de aquella expresión resuelta que le cubría de un encanto nuevo, que le hacía héroe.

¡Ah! desgraciadamente no son presagios los ensueños!

Volvió á mirar afuera; la ropa puesta á secar, aleteaba en los balcones; abajo

el agua, perdidos los centelleos del sol, tornábase opaca en el reflejo de la luz moracha del atardecer; sobre los tejados, arrastraba el viento el humo de las chimeneas, y un palomo perdido descansaba posado en un alero.

Debía hacer mucho frío. Los transeúntes cruzaban el puente muy aprisa con los abrigo ceñidos y las manos en los bolsillos. El dilatado silencio hízosele penoso á Víctor, que le habló á Ernestina del tiempo. Interesáronse poco á poco en la charla: la de ella era amable, llena la voz lenta de inflexiones cariñosas.

Víctor olvidaba su amargura al oírla.

Iba envolviéndoles la sombra. En el comedor habían entablado con furia la partida decisiva; de la discusión llegaba al taller el vocerío.

—¿Oyes como se divierten?

—Ellas sí que..

—¿Están enfadadas contigo, verdad?

—Creo que sí, pero no sé porque. No tienen razón. Y esas cosas me duelen mucho, créelo.

—¡Pobre Víctor! Ya les pasará...

—¿Te hubieras enfadado tú, Ernestina?

Tardó un poco en responderle; creyó él que quizás ignorara el motivo del enfado, y explicóselo detalladamente, con gran sinceridad. Al acabar repitió la pregunta.

—No, Víctor, no; yo no puedo enfadarme contigo...

Se apartó un rizo que le rozaba la mejilla. Miró luego á Víctor con mirada profundamente admirativa y en voz muy baja le elogió:

—No saben cuanto vales...

Había anochecido. Extendíase por la ciudad la claridad difusa y blanqueda de las arcos voltaicos. En el puente de hierro, dos ó tres lamparillas eléctricas se encendieron y su luz fulguró morteciega.

Llegó á sus oídos el canturrear monótono de la niñera que hacía dormir á Adolfo.

Les turbaba la gran quietud que de repente les envolvía; diéronse cuenta de que estaban solos, de que las jugadoras no estaban ya en el comedor ni en la casa, ya que no se oía el rumor de voces ni de pisadas.

Desde aquel momento notó Ernestina que un impulso interno le dictaba frases que no hubiera querido pronunciar; frases de las que se arrepentía al decirlas.

Víctor se sentía halagado; la voz de su cuñada se arrastraba dulce, acariciante, y sentía él ensanchársele el pecho en una palpitación fuerte y apresurada. Desfallecía de bienestar, le flaqueaban las piernas... y sentóse tímidamente muy cerca de la virgen.

Enmudecieron. Fijóse él en las manos de Ernestina cruzadas, ociosas, sobre las rodillas buscando el dulce calor de la falda; lucían opalinas en la penumbra de aquella hora amable, y evocaban una vaga poesía de lirios besándose á la luz de los astros bajo el dosel sereno de la noche.

¡Oh, aquellas manos! ¡Cuán gozoso él de poder poseerlas!

Se inclinó, acercando las suyas.

Ernestina, adivinando los propósitos de Víctor, temblaba de angustia, en la incertidumbre de si *aquello* llegaría á ser.

No las apartó. Al contrario, hizo resbalar una sobre la falda en tentador ofrecimiento.

No sabía porque obraba de aquel modo. Víctor tampoco se daba cuenta de cómo había surgido en él aquella ansia de caricias plácidas, castamente refinadas que le inclinaba á la convaleciente.

Veíanse los dos abandonados en aquel cuarto lleno de encanto crepuscular, alejados de amores y de celos, con el espíritu huérfano de pasiones, y pensaban que podía variar con bien poca cosa su destino, con un gesto que uniera aquellas manos que vibraban deseosas de estrecharse.

La voluntad de Víctor, cobarde ante

lo trascendental, no se atrevió á resolver.

La situación hizose violenta, insostenible...

Ernestina volvió en sí; sacudió la testa graciosa cual queriendo alejar una quimera y salió del cuarto.

Oyóla Víctor reñir á la niñera por no haber encendido las lámparas. Preguntaba, después, dónde estaban su madre y sus hermanas.

Seguro que estarían abajo, en el primer piso, enseñándole á una vecina los juguetes de Adolfo, que no quiso dormirse.

Iluminóse vivamente el comedor. Víctor y Ernestina halláronse en plena claridad y no osaron mirarse.

Ella entró de nuevo en su cuarto y entornó la puerta; por entre las hojas mal cerradas aleteó un suspiro.

Él quedóse parado, meditabundo, como un pobre avergonzado que deja pasar á un pródigo sin tenderle la mano, sin explicarle su hambre, su sed, su misérrimo estado...



CAPÍTULO XXII

AL cabo de dos días, Pepe llamó á la puerta. Partía á la madrugada siguiente é iba á ofrecerse para lo que fuera menester.

Cuando su madre la llamó, sintió Ernestina que le latía el corazón de una manera insoportable; en la mirada de la señora Rosa descubrió como un alegre presentimiento, y una dulzura insinuante en el ademán aristocrático del hijo de doña Guillermina.

Acabó esto de azararla, y durante los veinte minutos que estuvo frente á Pepe, encogida en el sofá, abrigada con un gran mantón de lana, estuvo cohibida, como una colegiala avergonzada y boba.

Mientras Pepe la miraba, le examina-

ba de una manera rápida, práctica, como de quien está avezado á intrincados diagnósticos de ocultas bellezas femeninas.

Era un poco severa, la estética de Pepe, en este punto; mas confesaba allá en sus adentros, después de detenido examen, que había en Ernestina cierta novelesca idealidad que no le disgustaba, y un cutis blanco y sedoso como jamás hallara en cuerpo de mujer, gozando en locas aventuras juveniles.

Le inquietaba, con todo, la timidez de aquellos ojos de pupilas purísimas y serenas en las que creía ver el reflejo de su alma poco amorosa, nada apasionada. Eran, aquellos ojos, valla para malicias; no invitaban á gozar, ciertamente; imponían castidad, y más enfriaban el deseo que lo encendían en aquel hombre, algo gastado por una larga y borrascosa soltería.

Y, en su abstracción, insistía terco en descubrir algo, por leve, por insignificante que fuese, que indicara sensualidad ó complacencia erótica.

—¡Oh, el deleite de una victoria de la carne sobre este temperamento histérico —se decía,— encender anhelos de locura en esta mirada de inocencia haciéndola hipnótica, con extravismos de lujuria, cambiando su expresión de santa en lumbraradas de bacante!

Sudaba. ¿Quién sabe á veces qué perversión demoníaca, qué ingratas locuras se encierran bajo apariencias de candidez?

Y ahora, era él quien aparecía encojido y azarado como jovencuelo enamorado; le volvía pensativo el raro problema planteado que excitaba su amor propio de Don Juan, triunfante siempre.

Llevaba el peso de la conversación doña Rosa, haciendo un vehemente pánegírico de Ernestina: su resignación en el sufrir, su bondad inapreciable, su amor grandísimo al trabajo... Nunca se quejaba la pobre, ni tenía una palabra de réplica, ni un gesto de impaciencia... ¡Oh, lo que había sufrido de las parroquianas! Citaba casos, muchos casos, doña Rosa; señoras caprichosas que le obligaban á hacer y deshacer los trajes varias veces; otras mal educadas á las que una nimiedad sacaba de tino, que armaban un cisco por una arruga; exigentes como princesas, pero que —en cambio— pagaban mal y tarde... ¡Y tan cariñosa como era! Adolfo la quería tanto como á su madre.

—¡Ya lo creo! Figúrese usted que la llama *tita*, ¡jál! ¡jál! ¡jál! Dá risa y enternece oírle como la llama *tita*...

Pepe asentía con movimientos de cabeza, y seguía apasionado en su estudio libidinoso de Ernestina. Esta sentía el

malestar precursor de un desvanecimiento...

¿Por qué le alababa tanto su madre ahora? Nunca se había mostrado admiradora de sus cualidades ni jamás sintió por ella la compasión que ahora aparentaba.

Violentamente pidió permiso para retirarse.

Pepe se puso en pie alargando su mano cuidada de aristócrata, primero á doña Rosa y luego á Ernestina que sacó la suya, de entre los pliegues del mantón, perlada de un sudor de angustia. Pepe la oprimió con voluptuosidad, reteniéndola un poco para cerciorarse de aquella suavidad excepcional.

Preguntó por Julia antes de salir de la sala, á tiempo que aparecía ésta disculpándose de no haber asistido á la agradable visita, por sus faenas materiales.

Al bajar la escalera, aquel hombre, antaño entusiasta adorador de las opulencias femeninas, comenzaba á tener fe en las afirmaciones de los refinados. ¡Oh, las histéricas!



CAPÍTULO XXIII

LA de Pepe Fors era una gran procura.

Una inmensa y frondosa montaña esmaltada de cortijos, y abajo una porción de llano de regadío, repartido entre varios arrendatarios.

Era el marqués de Villamayor, un señor originalísimo, que no exigía sino una extensa vigilancia para sus plantas centenarias, robles y alcornoques, ciertamente imponentes. Estaba ufano de aquella belleza salvaje que sombreaba arroyuelos de corriente cantarina, fuentes salutíferas, prados invitadores al idilio, que hacían de la lejana estribación pirenenca, como una visión de encantamiento.

Poco trabajo había dado al hacha de

los carboneros la frondosidad lujuriosa, donde tenía Pepe su casita de administrador, cerca de un gran castillo señorial, altivo y terrible. A Pepe le invadió pronto la nostalgia; comía con el guarda del castillo, de unos cuarenta años, casado con una mujer de unos treinta, fea y de pocos amigos. Menos las horas de comer, en que charlaba con su subordinado y compañero de destierro, pasaba el resto del día silencioso, fumando desesperadamente en el soleado despacho, por cuyo amplio ventanal oteaba leguas y leguas de un llano limitado allá lejos por las brumas del mar latino.

Casi se arrepentía ahora, de haber solicitado con tanto interés, de haber puesto en juego todas las influencias políticas de que le permitió echar mano su retroceso en ideas—militaba ahora en las filas conservadoras—aquel destino tan deseado, que cambiaba en absoluto su modo de vivir, convirtiéndole en austero monje de la Trapa.

Pero á poco fué haciéndosele todo insoportable; el horizonte amplísimo, los árboles gigantes, la mesa de ministro donde les firmaba á los arrendatarios los recibos, la fealdad de la mujer del guarda y las comidas que le aderezaba; las obligadas visitas de aquellos hombres que le hablaban siempre

de zorras y jabalíes y rebaños que traspasaban la línea de mojones; de contrabandistas fugitivos y cazadores mal intencionados que destruían madrigueras; en fin, de mil cosas que no le importaban un ardite.

Toda la hermosura del país la hubiera cambiado por bien poca cosa: por oír el crepitar de una ruleta ó el crujir voluptuoso de la enagua de una meretriz borracha.

En sus horas de huelga, que eran casi todas las del día, volvía á pensar seriamente en los ojos de Ernestina, en su abundosa cabellera, en su delgadez de histérica, en la suavidad sudorosa de sus manitas de enferma.

Y confesóse que aquello solo bastaría para hacerle soportable aquel desierto y alegrarle aquella vida de exilio, á la que era preciso acostumbrarse, ó caer de nuevo en su antigua condición denigrante de corsario mundano, lacayo de nobles jugadores, charrán al servicio de políticos desaprensivos, consejero mefistofélico de pródigos mayorazgos.

Una tarde cayó en una aventura grotesca, de la cual salió avergonzado, perdida su aureola de macho siempre vencedor, lleno de desprestigio ante aquella moza garrida que le miró un momento lastimosamente mientras le escupía—al alejarse—un sarcasmo sangriento

que él recibió de aquellos labios ávidos de sensualidades, como una merecida sentencia.

Al regresar á la casa le asaltó el primer escalofrío de senectud.

La espaciosa cuanto blanqueada cámara, con pocos muebles, sin cortinas, desprovista del perfumado calor familiar, antojósele una sala de hospital, dispuesta para reunir á los que llevan sobre sí el estigma del vicio, á algún incurable sentenciado á muerte lenta y terrorífica... A él quizá.

Parecióle sentir algo raro dentro de él mismo, algo que amenazaba convertirle en ruina, en un montón de carne adolorida, en un vencido sin amparo, caído en la lucha, por quien nadie vela y á quien nadie se acerca ofreciéndole consuelo, á quien se deja agonizar sin una mirada compasiva, sin un beso piadoso.

Escribió dos cartas aquella noche; una á su madre diciéndole que habíase regenerado en la paz serena de aquellas montañas, y que para alcanzar una honradez perfecta, le faltaba una compañera buena, virtuosa y humilde, para no despertar en él instintos de impureza; pobre, para alejarse de vanidades y discordias. Confesábale su inclinación decidida hacia Ernestina, y deseaba saber si podía contar con el maternal consentimiento.

Dirigió la otra á doña Rosa. La escribió en estilo hinchado, hiperbólico, bien apropósito para ella; un amor violento, un formidable incendio, una cosa rarísima en hombre de su edad y experiencia, un súbito despertar del corazón, hasta ahora indiferente á las sugerencias del amor serio, algo, en fin que no entendía.

Había meditado largamente en la soledad, analizando sin precipitaciones ni egoísmos el propio sentimiento impensadamente surgido, ya que tratábase, no solo de la satisfacción de sus ansias de enamorado, sino de la dicha y bienestar de una honrada trabajadora.

Rogaba, recomendaba, después en secreto, un sondeo previo de la muchacha, una prudente iniciación; nada de imposiciones ni de consejos interesados; quería él libre, espontánea, amorosa... Aunque impaciente, esperaría, confiando en la alta diplomacia de doña Rosa y en el interés maternal de ver bien colocada á una hija, como Ernestina, que bien lo merecía. A la muchacha le escribiría en cuanto supiera como había acogido sus pretensiones.

¡Cómo narrar el entusiasmo de doña Rosa! Sus ojos encendíanse en lumbradas de alegría y su rostro entero traslucía su gran gozo bajo una movilidad extraordinaria.

Secreto, iniciación prudente, nada de imposiciones ni de consejos egoistas... bien sí, pero al cabo de diez minutos de abierta la carta por doña Rosa, Ernestina, casi enferma de sorpresa, saturada de reflexiones, filosofías, ejemplos y cuanto pudiera invocarse en favor del *protegido del marqués de Villamayor*, meditaba profundamente sobre la manera de resolver aquello.

Pidió, cuanto menos, una noche para reflexionarlo.

—Haz lo que quieras; pero yo contestaría en seguida.

—Yo también—decía Julia algo envidiosa de la suerte de su hermana.

Casi antes de franquearle la puerta ya estaba consultándole á Víctor. Llegaba del despacho, amargado porque un acreedor impaciente habíase dirigido al banquero pidiendo se descontara del sueldo el valor de su cuenta.

Frío, en apariencia, recibió la noticia.

—Le era igual; Ernestina era quien había de decidir. Cenó poco. Prodigó mimos y carantoñas á Adolfito, cual si solo aquel pequeño amor restara á su consuelo.

Alzados los manteles, colocó en la mesa tintero y raspador, ordenó los papeles y encendió en el hogar unos troncos, los últimos. No compraría más

leña; por ahorrar algo, escribiría desde entonces de cualquier modo, envuelto en una manta...

¡Ojalá enfermase! Ernestina no necesitaba ya del trabajo. Pepe, aquel Pepe de quien todos se hacían lenguas, la mantendría. Tendría en el hogar del castillo un gran fuego, como un infierno; sí, eso, ¡como un infierno!

¡Pobre Ernestina! La sintió pasar dos ó tres veces cerca de él, como buscando algo, cual si antes de retirarse á meditar, quisiera algún consejo para decidirse en pro del noviazgo.

Nadie les estorbaba, y hubieran podido hablar tranquilamente cual dos buenos amigos que buscan mutuamente apoyo y consejo al presentir sobre sus almas algo difícil, trascendente, definitivo.

Victor no apartó un ápice su mirada del papel curialesco; hizo un movimiento igual que si á su alrededor vagara una sombra efímera, una leve humareda, una ilusoria tela de araña.

La virgen sí le miró, intensamente, con un doloroso arquear de cejas, del mismo modo que en un momento de vértigo se mira á un abismo. Y volvió á mirarle al entornar la puerta de su cuarto y aun por entre las hojas mal cerradas clavóle la luz de sus pupilas turbias y humedecidas.

La imagen de aquel hombre á quien la timidez anulaba, envejecido por las noches en vela, encorvado bajo el peso de la vergüenza, viviendo una vida mecánica sin un calofrío de sublimidad, sin un entusiasmo de creador, conviviendo entre tonterías y ligerezas, resignado al oficio de copista, esclavo de su gasómetro de acetileno, que registraba á hora fija, temeroso de una desgracia, abriendo ó cerrando llaves con cuidado servil, mientras todo lo noble, las rebeldías del pensamiento, la voluntad del goce, la energía del alma dócil y amorosa ibanse atrofianando insensiblemente, convirtiéndole la vida —fatalmente— en un mito grotesco... La imagen de aquel compañero acobardado que nada quería saber de lo que pasaba en aquel momento de duda por el corazón de la amiga, causó á Ernestina una gran pena, un dolor intensísimo que le impedía pensar en nada, cual la impresión imborrable de un suplicio refinado, cruel, inmerecido...

A la mañana siguiente, dijo que sí, Ernestina.



CAPITULO XXIV

Ocho días tardaron en notificárselo á Pepe, por no mostrar una desmedida prisa. Recibieron, mientras tanto, una carta de la madre de él, de doña Guillermina, la cual no respondía de la nimiedad de Pepe. Claro que creen siempre las madres en los buenos propósitos de sus hijos, pero como ella quería á Ernestina, aconsejábale un poco de calma y reflexión.

Cierto que sería para su ancianidad un gran consuelo ver á Pepe aquietado y que fuera su nuera una muchacha de las prendas de la antigua costurera, pero no sabía qué raro presentimiento anunciábale que moriría inconsolada.

- Cosas de vieja.
- Cosas de vieja.
- Cosas de vieja.

Dijolo primero doña Rosa con aire convincente—aquél aire tan suyo que no admitía réplica,—Julia desde su indiferentismo, y por fin, Mercedes, que en todo metía baza, lo confirmó de lejos cual un eco.

Aquella carta no se la enseñarían á Ernestina. Qué, ¿darle quebraderos de cabeza? Bastantes tenía... Parecía boba, pensando siempre en que no supiérase qué cosas, con los ojos muy tristes, muy abiertos, sin desplegar los labios en todo el día.

En cuanto recibió respuesta afirmativa de doña Rosa, escribióle Pepe á Ernestina una carta amorosa altamente ponderativa, de lenguaje folletinesco. Había un solo párrafo sincero, en el que mostraba Pepe, sin ambages, la ralea de su amor: *«Prepárate para el gran día—decía—cuidate, haz por estar bien fuerte para que puedas resistir mis abrazos fogosos, mis locuras, mis delirios de enamorado. Es preciso que no desfallezcas en aquel momento, que en tu cuerpo débil haya vitalidad, fuerza y energía suficiente para sobreponerte al gran trastorno que mi amor violento ha de producir en tu naturaleza virgen.»*

Ernestina leyó estas líneas, encendida en rubores la castidad de su alma, sintiendo un gran horror orgánico, una

altiva protesta de sus entrañas amenazadas. La visión del marido esperándola ansioso, hambriento de su carne, despótico, rugiendo cual bruto en celo dispuesto á agredirla lubricamente, á desgarrar el velo de su pureza con un furor sacrilego, á saborearla con sádico refinamiento, se le ofreció vil y repugnante.

Se estremecía toda ella á cada momento cual si la llevaran atada para tenderla en la pira del sacrificio, en aquel lecho nupcial donde la inocencia de su carne sería despiadadamente cauterizada, donde se retorcería entre dolores y el anhelante gozar de su verdugo.

Pepe no tardó en presentarse, acicalado, radiante, más moreno y más sano.

Tan perturbada estaba que no pudo ni verle. Solo creía percibir en su frente una fosforescencia demoniaca, una peste á chivo, un algo ardiente que la envolvía.

Acordaron que iría él una vez por semana—los domingos,—y que, si nada nuevo acontecía, para Corpus sería la boda.

A Víctor, casi no se le veía, cuando Pepe estaba en la casa.

De repente adoptó el novio de Ernestina un aire protector. ¿Qué deseaba

Víctor? ¿Un empleo mejor retribuido? Pues él podría proporcionárselo.

—Déjate de papelotes de notarios y banqueros; desengáñate: el porvenir está en los empleos oficiales. Allí no había campo ni viña asegurados de sequía ó pedrisco. ¿La cesantía? ¡Ah! era tan solo cuestión de contemporizar con todos. Si él quería, al día siguiente le escribiría á un gran amigo del ministro... Y amigos de esta índole, los tenía él para todas las *situaciones*...

Llegaba Pepe los domingos por la mañana, bien temprano, y no se movía del lado de Ernestina hasta muy entrada la noche. Almorzaba y comía en la casa y si no dormía en ella era por un vestigio de escrupulosidad, por cierto temor al *qué dirán*. Los lunes en el tren de las ocho y pico, emprendía el regreso á la montaña.

Tardó mucho la costurera en atreverse á mirar á su prometido. El, en cambio, en galante rendimiento, no apartaba la mirada del rostro de Ernestina, lleno de gracia y de un leve rubor persistente. Iba aficionándose á la contemplación de aquella criatura á la que cada día descubría nuevas fuentes de ilusión, nuevas promesas de futuras voluptuosidades.

¡Ah, diablo! ¡Su gran problema erótico no quedaría pues sin resolución!

Al principio fueron sus charlas insípidas, interrumpidas á menudo por largas pausas... Ella cosía; él fumaba gruesos cigarros ensortijados.

Hablábala del castillo de Villamayor, de la extensión magnífica del llano de cultivo, de la vegetación frondosa de aquellos montes, de sus riachuelos cantarinos, del buen sol y el aire puro que gozaba en aquel paraje elevado y saludable.

Atendía ella á las palabras de Pepe: placíanle más aquellas descripciones que sus galanterías y prefería más oír hablar cosas de plantas que de amores. Amaba al sol, Ernestina, la perlería de las aguas, la verdor de los bosques y el azul del cielo... y por eso veía algo agradable en su porvenir, tranquilizándola.

Generalmente, era Mercedes la encargada de aguantar el cesto. Caíale el oficio que ni pintado por la paciencia y afición é ingenuos entretenimientos que requiere. Solía dedicarse á recortar vestiditos de muñecas—un poco apartada de los novios—y cuando Pepe ponía gran fervor en sus palabras, volvíase de espaldas creyendo prestarle á Ernestina un gran servicio, y agradecíale al novio los bibelots y alhajas de quincallería con que acostumbraba á obsequiarla.

Víctor tornábase cada vez más sombrío; dábale cuenta de que su gerarquía

de jefe de familia iba menguando cada vez más á los ojos de aquellas mujeres..

A la hora del yantar, los domingos, al generalizarse la conversación, sacaba Pepe á relucir grandezas, burlábase de de la clase media, lanzaba pullitas á los que pensaban en ahorrar, mentaba fortunas fabulosas, encendiendo en los ojos del auditorio femenino fulgores de envidia y de admiración.

Hablaba de *nuestro* castillo, *nuestros* campos, *nuestros* montes, y dirigía á Víctor preguntas por el solo afán de humillarlo.

—¿Cuánto te parece que paga al año un arrendatario por cincuenta fanegas de regadío?

No contesta Víctor.

—¿Y por un cortijo con cuatro yuntas de ganado? ¿Y por el carbón de unos mil alcornoques que estorbaban?

Respondía Víctor que él creía que había que dar dinero para la tala...

Refase Pepe, mentando cantidades fabulosas, echaba sumas aún más fabulosas y después de una pausa, cuando todos imaginaban—enormes y refulgentes—los montones de dinero, añadía con dejo de estoicismo:

—Pues... yo tengo en ello un beneficio del cinco por ciento.

Doña Rosa, suspirando, confesaba que con la mitad daríase por bien contenta.

La conversación languidacía y alzábase Pepe orgulloso entre aquella taifa de pobretes consternados por las inevitables comparaciones que acudían á su mente, importunando de nuevo al escribiente con nuevas ofertas de recomendaciones á los amigos cortesanos, á los políticos influyentes, mágicos personajes que con una palabra podían variar la suerte de todos, tornando abastecida su despensa, lujosos sus muebles y rientes las caras.

Una cosa surgía evidente: que la culpa de todo, del malestar, de las deudas, de las caricaturas viles, del histerismo de Ernestina, era de Víctor.

Y Víctor, el infeliz, acabó por creerlo como los demás.

Julia dejó de llamarle *mi hombre, mi marido*, para nombrarle el *padre de Adolfito*. Y también conformóse á no significar nada para su esposa.

Sólo Ernestina le miraba de tarde en tarde con los ojazos llenos de compasión y de respeto.



CAPÍTULO XXV

PARA la noche del cuarto domingo de noviazgo. Llovía. Azotaban, violentas, las gotas, los cristales del balcón del comedor. Un viento de levante rugía acanalado entre las dos hileras de casas, y el río crecía sordamente rumoroso.

La comida fué triste y silenciosa. La violencia del viento despavoría á las mujeres, y Pepe se esforzaba en decir chistes y en bromear vanamente. Además estaba de mal humor Adolfo. Anduvo todo el día lloriqueando, y ahora con la cabecita caída, muy encendido, miraba indiferente las muecas que Mercedes le dedicaba y el castañetear de dedos de doña Rosa.

—Tendrá sueño...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO ALYES"
Apdo. 1626 MONTERREY, MEXICO

Alzados los manteles, llevóselo Julia á la cama y doña Rosa se despidió de Pepe y dió órdenes á la niñera para el día siguiente.

Víctor, algo preocupado por el abatimiento insólito del niño, volvióse otra vez á llenar hojas y hojas de papel sellado con su impecable letra inglesa. Mercedes quedóse vigilando á los novios, adornando un primoroso sombrerito de muñeca, y Pepe á quien el mal tiempo no daba prisa para retirarse, sentóse muy cerca de Ernestina, pretendiendo hacerle dejar la costura. Quería que le mirara: ella obedecía de vez en cuando y volvía á su costura. No había querido dejar la parroquia como le aconsejaba su madre; creía prudente no hacerlo. ¡Sabe Dios lo que había de ocurrirle! y después cuesta mucho recuperar lo perdido... Ya dos ó tres señoras, desde que fuéronse las oficialas, habíanle retirado los trajes á medio hacer...

—Oh, Dios, si por cualquiera cosa la boda no se realizare, ¿cómo vencerían el desbarajuste que se produciría en aquella casa?

A Ernestina le causaba más pena esto que no gozo la proximidad melosa de aquel hombre. La manía de Pepe, de mirarle fijo, de acercársele tanto, de hablarle por lo bajo, la confundía, sentía

calofríos de repugnancia y una vibración nerviosa la agitaba... Este estado enardecido al galán que insistió en sus maniobras de tanteo. Las manos—en la sombra—volviéronse atrevidas; bajó mucho la cabeza para sorprender su mirada, procurando así envolverla en efluvios magnéticos y excitarle con contactos ardorosos hasta apoderarse de su pobre voluntad de histérica.

Ernestina había dejado de coser; su rostro afilado contraíase en una atención violenta y dolorosa, como si, al lejos, percibiera algo espantable, amenazador... Tenía aires de Pitonisa, reconcentrándose para vislumbrar un presagio tenebroso.

No se figuraba Pepe, que en aquel momento, la virgen ni le veía ni le oía, atenta solo á una idea obsesionante, terrible, cínica... Atribuía por el contrario, al poder hipnótico de sus ojos sin párpados aquella inmovilidad pasiva. ¡Oh, Ernestina desasíasele entre las manos solo de amoroso presentimiento!

Y se preparaba á saborear la victoria, cuando la costurera púsose rápidamente en pie con un movimiento seco, epiléptico.

Una racha tempestuosa, una embestida furiosa del levante embravecido, hizo retemblar toda la casa, al tiempo que Pepe, con el asombro de quien pre-

sencia un hecho sobrenatural, oyendo un grito agudo en el fondo del pasillo, vió á Julia avanzar vertiginosamente, llena de pánico, á medio vestir, en enaguas, con la camisa floja y la cabellera suelta flotando sobre la espalda.

—¡El niño, el niño que se muere!

Pasó sin verles, corriendo, metióse en el cuarto de Ernestina y salió de nuevo al comedor, llevándose las manos á la cabeza.

—¡Que se nos muere el niño, que se nos muere!

Recorrió de esta guisa todo el piso; abrió la puerta y lanzóse escaleras abajo presa de una egoísta locura, llamando á los vecinos, á los que estaban en la calle, á todos, á cuantos más mejor, para que acudieran á luchar con aquello que ahogaba á su hijo, mientras ella seguiría huyendo hasta donde no llegaren la imagen ni el recuerdo de aquella agonía terrible.

—¡Auxilio, auxilio, que el niño se me muere!

Pepe la alcanzó abajo intentando separarle las manos de la maciza puerta de entrada. Subióla en brazos, á la fuerza, entre la alarma de los vecinos que aparecían asustados con una luz en la mano.

Acudieron todos alrededor del niño. Éste, la faz morada, arañábase el cuello

y lanzaba un silbido áspero, horripilante, que dolía—al oírlo—cual si tuviere filos. En todos los rostros había pánico; algunos se apartaban é ibanse al otro extremo de la casa, al taller de Ernestina, donde doña Rosa, Pepe y Mercedes procuraban contener á Julia... Por lo menos allí no se sufría tanto.

Víctor, con la cabeza descubierta, sin paraguas, lanzóse á la calle en busca del médico.

Había un desórden espantoso: pedíanse sinapismos, agua caliente, vinagre, zumo de limón... Mil cosas que nadie encontraba... Indicábanse innumerables medicinas, proponíanse cosas infalibles que ninguno de los presentes tenía.

Solo Ernestina—fiándose de los consejos de una señora anciana que hablaba serenamente entre aquel desbarajuste de gritos y exclamaciones—hacía algo: rodeaba la garganta del enfermo con un paño empapado en petróleo.

Cuando, tras una hora de espera angustiosa, llegó el médico, Adolfo parecía respirar mejor.

Digéronselo á Julia que, al oírlo, volvió al chillido estridente... ¡No, no era verdad, su hijo se moría!

—Vamos, Julia, vamos, ¡qué es eso!... El niño podía salvarse; acababa de verle y no era cuestión de perder la esperanza.

Al preguntar Doña Rosa si el delirio de su hija ofrecía cuidado, el Doctor encogióse de hombros.

— Depende del temperamento... Se desfoga. En cuanto al niño, desgraciadamente, no había salvación.

Mientras tanto, Pepe, paseábase por el comedor, fumando nerviosamente.

¡Diablo, qué modo de acabar aquel principio de éxtasis amoroso! Era bien raro aquel súbito despertar de Ernestina, aquel poder enigmático de presentir lo trágico. Creía en la telepatía histérica.

Encaróse con el médico que salía:

— Grave, ¿verdad?

— Lo del niño, sí.

— ¿Ataques de aclamsia?

El médico lo miró de arriba á bajo.

— Un poco peor.

Y se alejó, sin darle las buenas noches



CAPÍTULO XXVI

EL lunes, al mediodía, todo había acabado. Ernestina salía del cuarto de Adolfo, desencajada la cara y con sangre en las manos, producida por los uñazos del pobre niño. Seguía Víctor, pero en los ojos de éste ya no había su habitual expresión de resignamiento. Andaba con gesto de autómeta, sin llorar, pero con un desconsuelo blasfemo, con una ira profunda contra la misericordia divina, en el fondo de sus niñas secas. Se dejó caer en el sofá de la salita, pero los colores charros de la alfombra, la cotorra y las plantas tropicales le exasperaron, forzándole á levantarse. El balcón le atrajo, y pegado á los cristales del comedor, hizo vagar los ojos.

Había dejado de llover. El río, hinchado y turbio crecía. Entre la espuma roja pasó un tronco volteando agua abajo. A aquel padre doloroso le interesó la marcha incierta de aquel tronco negro, y fué siguiéndolo, con una mirada opaca y fija, hasta perderlo de vista. Entonces advirtió que su aliento, condensándose, empañaba el cristal y, como un orate, se entretuvo alentando fuerte en los cristales para acabar de empañarlos. Con el dedo, después, hizo una cruz.

Oyó llorar y se acordó de Julia, que para estar más lejos del niño muerto no se había movido de la cama de Ernestina. Después de la muerte, pareció tranquilizarse un poco. Quiso saber que tiempo hacía, y para convencerse de que le decían la verdad, de que seguía nublado, hizo descorrer las cortinillas. Entró una luz triste. Julia, suspirando, llamó á Vitor.

—Ya ves, Víctor, ya ves.

Víctor se le acercó lentamente. Al llegar junto á Julia, cayó sobre una silla, y hundió la cabeza entre las ropas, mojándolas de lágrimas. Doña Rosa lo sacó de su llanto. Llevaba en la mano una libreta.

—Víctor, ¿quieres que hagamos la lista? Es preciso que no olvidemos á nadie, á nadie.

Julia recomendó á dos familias, que

podrían ofenderse. Dió los nombres y las direcciones. Después recomendó que el entierro fuese lucido.

—El coche que sea un buen coche. Y flores, muchas flores. ¡Pobre hijo mío! La suegra dictaba y el yerno escribía. Cuando entraban visitas, interrumpían la escritura, y doña Rosa acompañaba á ver al niño muerto, explicando, de paso, el gran trastorno caído sobre la casa. Ella estaba lo mismo que loca, y ya lo veían, tan buena como era para cuidar á los extraños, no había sabido salvar al pobre infante. Eso sí, el médico ya lo dijo en la primera visita: inútil todo lo que se haga. ¡Oh, era un gran médico!

Llegada la hora de la conducción, cuando sacaban la cajita, apareció Ernestina, desatinada.

—Víctor. ¿Dónde está Víctor? ¡Cogedlo!

Víctor salía, echándose, alocado, sobre los dos hombres que sacaban el ataúd. Ernestina lo detuvo, cogiéndole, suave, las manos.

—Víctor, ven, ven. ¿Oyes?

Y Víctor, dócil, la siguió.

Los dos juntos, sacudidos por espasmos de angustia, vieron alejarse el entierro, desde una rendija del balcón de la sala.

Lo presidía el banquero, el amo de

Victor, luciendo el sombrero de copa, y dos parientes lejanos de la abuela. El acompañamiento era lucido, magnífico, el coche el mejor, el ataúd sencillo y elegante. Resultaba como homenaje al pobre Adolfin, y testimonio de simpatía á la familia, á ellas.

Así se lo decía á Julia, acostada, su madre, braceando como siempre, y apretando aquel pecho apenado que como siempre también, se hinchaba.



CAPÍTULO XXVII

DESPUÉS de la tragedia quedó Victor como atontado. A todas horas se le aparecía la imagen fatídica de Adolfin, muriendo ahogado. La casa la veía vacía de amores y como seres desconocidos y extrambóticos, aquellas mujeres que se movían en torno suyo, y á las que nada le juntaba, ni un recuerdo, ni un agradecimiento, ni un contento sentido fraternalmente. ¿Quiénes eran, de dónde habían venido á caer, allí, en su casa, y por qué partía el pan con ellas y disponían de su dinero y vivían juntos una afrentosa vida de trampas y de inquietudes?...

Y todo, poco á poco, volvía á ser como antes. Julia tornó á ofrecerse fresca y deseable. Aquel lecho guardado

egoístamente y la leche y caldos tomados sin reposo, entre suspiros y lágrimas, tonificaron su carne, sutilizando aquella piel suya de terciopelo de flor carnosa. Se entregaba á una pereza sentimental, y en su boca bermeja florecía una sonrisa melancólica.

Víctor notó que dentro de él y contra aquella mujer, se erguía el odio. No tenía heroísmo maternal, llena como estaba de románticas sensiblerías, tras las que se atrincheraba para evitar las grandes amarguras de la vida. No era más que eso: una mujer de sentidos para los sentidos. Su madre la mimaba, la compadecía, contando á las visitas y á la vecindad el momento terrible en que Julia, medio desnuda, enloquecida, se echó, plañéndose, con voces entrecortadas, sobre el cadáver de la pobre criatura. Y tanta traza se daba ponderando aquella aflicción, que la compasión de los oyentes era toda para Julia, rogándola que se cuidase, y que, con una santa conformidad, alejase los ojos y el alma de todo lo que fuese memoria de aquel angelito que debía gozar de la eterna bienaventuranza.

Nadie hablaba de las manos ensangrentadas de Ernestina, ni de su santa piedad, que la hizo velar magnánima y valerosa hasta el trance supremo, venciendo toda aflicción y toda repug-

nancia. También ella habría querido escapar de aquella cuna de martirio, y que su corazón, enfermo y apenado, no estuviera ante aquella agonía de tigre loco agarrotado que convertía las manos liliales de Adolfín, en zarpas, delirantes! ¡La pobre!.. Él sí, él la ofrendaría agradecimiento, aunque lo abandonara por la primera mano que se le alargaba, una mano puerca, envilecida, lo que se quisiese, pero no podría conformarse á seguir viviendo entre aquella gente, que no era mala, eso no, pero que tenía el don de triturar los espíritus con aquellos genios contradictorios é insufribles.

Víctor pagó enseguida la cuenta de la *Pompa Fúnebre*. Le parecía que Adolfín, no reposaría dulcemente en su nicho, obtenido con dinero prestado, si no pagaba honradamente lo prestado y los gastos del entierro. Hizo un gesto, el único desde el día de su boda; solicitó una paga adelantada al banquero, que le fué de buen grado concedida. Después, ya se arreglaría doña Rosa y para que no contara con aquellos cuartos, se lo dijo.

Pepe reapareció el domingo siguiente, disculpándose por no haber estado entre ellos, en aquella hora de dolor. Había tenido trabajo; un trabajo inexcusable, personalísimo. Cuando marchó el lunes se llevaba el convencimiento de que

no duraría el niño veinticuatro horas, y hubiera vuelto el mismo día, pero un comerciante de carbón le citó para tratar del corte de unas encinas que él creía que no valían absolutamente nada.

Ernestina, resignada, le dejó sentarse á su vera. El calavera, al ver tan demacrada y dolorosa á Ernestina, sintió desilusión.

—¿Qué, has tenido algún ataque?

—No, no.

—Era raro, ¿verdad? Sí, muy raro, pero no siempre los disgustos iniciaban los ataques. Tal vez, cuando no pensase, le sorprenderían. Él le dió consejos irrealizables. Ernestina sonreía, y el diálogo seguía frío, desconsolador.

Durante la comida, Pepe Fors se enojó. Ernestina no comía, y aquello no podía continuar. Medió riñó á doña Rosa. Tenían que obligarla á comer; tenían que tratarla sin tantos melindres. Pepe Fors ordenaba, á la manera que ordenaba á un criado, el buen cuidado de un animal doméstico, del cual se esperasen rendimientos.

La verdad era que Pepe Fors, comenzaba á encelarse de aquella aflicción de Ernestina que la consumía. Era una tontería aquel llanto continuo por la muerte de un sobrinillo. No había para tanto, y la prueba era que doña Rosa confesaba que tenía razón, aunque lo

hacía con reservas, porque en aquella casa y con aquellos acontecimientos ¿quién no estaba desmejorado y alicaído? Fors, sin ánimo para escuchar tristezas de duelos recientes, se despidió á media tarde, recomendando otra vez á Ernestina paseos y duchas y reconstituyentes y un filosófico conformismo. Ella le vió marchar, sin disgusto, casi con alegría, como cuando un importuno impide las íntimas divagaciones sentimentales, y la fruición de las propias tristezas nos promete una larga compañía, noble y dulce.